

El vigilante

Peter Terrin

Traducción de María Rosich

Premio
de
Literatura
de la
Unión Europea

Rayo verde
editorial

El vigilante
Colección Rayos globulares
(14)

■

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo flamenco de las letras (www.flemishliterature.be):



Primera edición: septiembre 2014

Título original: *De Bewaker*

© 2010 De Bewaker (The Guard) by Peter Terrin

First published in 2010 by De Arbeiderspers

© de la traducción del neerlandés, Maria Rosich

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2014

Diseño editorial: Noemí Giner

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Ilustración de la cubierta: Eduardo Estrada

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7^a

08015 Barcelona

rayoverde@rayoverde.es

www.rayooverdeeditorial.com

 [@Rayo_Verde](https://twitter.com/Rayo_Verde)

 [RayoVerdeEditorial](https://www.facebook.com/RayoVerdeEditorial)

ISBN ePub: 978-84-15539-79-7

BIC: FA, FH

Una vez leído el libro, si no loquieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

El vigilante

Peter Terrin

Traducción de María Rosich

Rayo verde
editorial

Para V. y R.

Uno

1

—Tiene que salir bien.

Harry, nervioso por el aprovisionamiento, despliega el plano del sótano sobre la mesilla, aunque nos lo sabemos de memoria: ciento veinte plazas de aparcamiento, divididas en cuarenta garajes vigilados, uno para cada apartamento de lujo de mil metros cuadrados. Lástima que no lo construyeran simplemente rectangular; tal vez lo impedían la estructura y los cimientos del edificio. No soy ingeniero. Pero una planta rectangular con las plazas de aparcamiento dispuestas a lo largo habría facilitado en gran medida las labores de vigilancia. Harry sospecha que este diseño tan caprichoso se hizo a instancias de los clientes, que se dio prioridad a su comodidad y privacidad.

—Ya sabes cómo van estas cosas —dice.

Huelo su inquietud. Huele a nuez, a nuez verde recién caída del árbol, con una cáscara durísima, húmeda. Estudiamos el plano. Le pongo una mano en el hombro; decido que no es buena idea y la retiro. No hablamos. Sin mirar, tanteo el arma que llevo en la cadera; por costumbre, porque no hay ningún peligro inminente. Doy un paso a un lado para que la bombilla ilumine todo el plano.

—Entrará por aquí —su dedo señala la puerta, que mide cuatro metros de ancho y está diseñada para resistir un ataque con misiles. Es la única entrada al edificio: según parece, la planta baja está cerrada herméticamente; no hay ventanas ni puertas. Por motivos de seguridad, no disponemos de pase digital ni de mandos de infrarrojos, y los escáneres no reconocen nuestras huellas dactilares. Nuestro único cometido es vigilar en todo momento el acceso al sótano. Fuera, aun cerca de la puerta, nuestra licencia ya no es válida—. Abrirá la puerta y entrará con la furgoneta. Tú te pones al lado del garaje 3, que te vea, y le apuntas en todo momento con el arma. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—Yo le pediré la identificación y los documentos. A mi señal, te colocas detrás de la furgoneta. Llegamos al punto crítico, tenemos que estar muy alerta. En cuanto abra las puertas, dispondremos de una fracción de segundo para valorar la situación.

—No habrá tiempo para deliberar —añado—. Cada uno deberá decidir por sí mismo si abre fuego; pero si uno de nosotros lo hace, el otro se le suma sin reservas.

Harry se pone las manos en los costados y se inclina hacia atrás para liberar la tensión de su espalda.

—Exacto.

Cuando vuelve a inclinarse hacia delante, veo un hilo suelto en su uniforme: un tirabuzón que cuelga alegremente de la costura recta de su chaqueta, unos veinte centímetros por debajo de la axila. Por ahora no le digo nada, ya habrá tiempo cuando acabemos de repasar el plan. Lo primero es lo primero. Sólo faltan dos días para el aprovisionamiento.

2

Estoy tumbado en la cama de abajo de la litera, la funda de mi almohada desprende un aroma fresco, de detergente; tengo la sensación de que me dormiré enseguida. Nuestro cuarto está al lado del primer ascensor. Sólo hay tres ascensores para cuarenta pisos: uno muy rápido para los residentes, otro muy rápido para el servicio, y otro de velocidad media para las visitas. Nuestro cuarto es pequeño, pero eso casi nunca o nunca nos supone un problema; al fin y al cabo, siempre estamos trabajando. Dormimos cinco horas por turnos; con eso nos basta, estamos acostumbrados. Además, si uno de nosotros está

cansado, puede tumbarse quince minutos; que yo recuerde, nunca se ha dado el caso, pero es reconfortante saber que la organización ha previsto esa posibilidad.

La puerta está entreabierta, y en el suelo de la habitación se ve la luz del alumbrado de emergencia, que empieza a cinco metros de aquí. Fuera, más allá de los gruesos muros del edificio, reinan el silencio y la tranquilidad, o al menos yo no oigo nada: ni ruidos, ni explosiones, ni disturbios. Absolutamente nada. Tampoco noto temblores en el suelo. Desde aquí dentro no nos hacemos la idea de lo que ocurre; nos es imposible imaginar cómo están las cosas realmente en el exterior. Y en realidad no importa. Nuestro trabajo está aquí, en el sótano, en la entrada.

Harry monta guardia en la silla de al lado de la puerta. Cada tanto se levanta y camina trazando un pequeño círculo. Cuando pasa por delante de la puerta, su sombra oscurece toda la habitación. Comprueba el peine de cartuchos de su arma y lo introduce en el cargador con un *clic* seco. Aunque no le veo, sé que alarga el brazo y sujetá la pistola delante de sí; tal vez apoya una mano en la otra. Su ojo derecho mira a lo largo del alza y la muesca, su índice se tensa alrededor del gatillo.

3

Dejo el pan humeante en un plato, sobre una servilleta de cuadros, para que se enfríe. Hago pan casi todos los días;

es muy fácil y queda delicioso, vale la pena. Nos quedamos la panificadora del apartamento de la familia Olano, que estaba destinada a la basura.

Le digo a Harry que tenga paciencia.

Sale de mala gana de la habitación y vuelve a la silla que flanquea la puerta. Poco más tarde, saca la cabeza para decir:

—Se huele hasta detrás del garaje 4 —el garaje 4 es el más alejado de nuestra habitación—. El olor de hormigón ha desaparecido de toda la planta, es como caminar por un pan gigante.

Recuerdo que de niño soñaba que me sumergía en una bañera llena de batido de chocolate hasta el borde, y que no salía hasta que me lo había bebido todo. En clase, me relamía los dedos porque todavía intuía el sabor a chocolate debajo de las uñas.

Me doy cuenta de que no sé si contarle este sueño, aunque de buenas a primeras no sabría decir por qué. Quizás porque aquí, por supuesto, no tenemos chocolate.

4

A cada paso que doy veo aparecer en la parte baja de mi campo visual las puntas relucientes de mis zapatos. Las perneras azules de mis pantalones se deslizan suavemente sobre el cuero y recuperan su forma. Tuvimos suerte de encontrar detergente y una generosa cantidad de betún en

el armario del servicio, un trastero improvisado en nuestro piso. Los productos no estaban destinados a los residentes, sino al personal; por eso, teniendo en cuenta las circunstancias, nos pareció perfectamente aceptable utilizarlos. Betún normal y corriente, y bidones grandes de un detergente pálido que no huele a nada en concreto, sólo a ropa limpia.

Harry y yo caminamos uno al lado del otro siguiendo el perímetro del sótano sin apenas cortar en las esquinas, con las manos a la espalda. No es un paseo; avanzamos a paso lento pero firme. Guardamos silencio para poder identificar cualquier ruido, determinar rápidamente su origen. Llevamos puestas las gorras azules con el emblema de la organización en la posición reglamentaria. Nuestras zancadas no son idénticas, pero de vez en cuando caminamos a la par unos metros; el efecto me hace pensar en unas campanas que se van acompañando poco a poco hasta que llega un momento en que todos los badajos golpean el bronce al mismo tiempo una vez, dos como máximo.

Hubo un tiempo en que contaba mentalmente mis pasos una y otra vez, en todas las rondas, y los iba añadiendo a la suma total, sin apuntar nada. Creo que para mí era una cuestión de dedicación y concentración, me parecía que así estaba más atento. Ahora ya no lo hago, porque en realidad ocurría lo contrario: me distraía del trabajo. Bien pensado, contar pasos fue una ocurrencia absurda.

5

Hacemos tres rondas y nos tomamos una pausa. Harry está sentado en la silla, yo en el taburete; uno a cada lado de la puerta de la habitación, que está entreabierta. Harry ha dormido mal, le he oído dar vueltas en la cama. Sus ojeras se resisten a desaparecer. Por la noche he cortado el hilo suelto de la costura de su chaqueta. Su uniforme vuelve a estar impecable, como debe ser.

—¿Repasamos otra vez el aprovisionamiento? —pregunta.

—Buena idea.

Nos quedamos sentados en el silencio del sótano.

La iluminación de emergencia está formada por dieciséis luces en el techo.

Aunque dan poca luz, todas las bombillas funcionan; es casi un milagro. Todos los garajes están cerrados, excepto el número 22. Los mandos a distancia están reservados a los asistentes personales de los propietarios. No es la primera vez que el asistente de la señora Privalova se olvida de cerrar la puerta del garaje al sacar el Bentley.

—A veces la organización pone a prueba a sus propios vigilantes —dice Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes estar seguro. Si lo piensas bien, verás que tiene que ser así. Pruebas aleatorias, ya sabes —se masajea la frente con la mano derecha; pulgar y dedos empujan la piel adelante y atrás—. Todas las empresas hacen controles de calidad, es normal. Establecen un estándar que hay que

cumplir en todo momento, y para asegurarse de que así sea, se hacen pruebas al azar. Al fin y al cabo, la organización es una empresa que vende un producto, ¿no?

Durante la formación, nunca oí nada sobre pruebas aleatorias. Nadie las mencionó. Por eso, al cabo de unos segundos, me parece muy plausible que existan.

Harry se tira la gorra hacia atrás y luego se la vuelve a calar.

—Si la organización quiere llevar a cabo una prueba aleatoria secreta, sólo puede hacerlo de una manera: aprovechando una situación estándar —se refiere al aprovisionamiento, la única situación estándar con que lidiamos—. Debemos estar el doble de atentos, porque es como si tuviéramos dos enemigos que temer.

Voy a la habitación a por un trozo de pan. Aunque sé que aquí nadie puede verme, soy muy consciente de mis movimientos. De vuelta al taburete, mordisqueo lentamente el pan. Ante mí se extiende un suelo de hormigón vacío, de unos cien metros de largo. Evito mirar la oscuridad que hay al final.

—Lo mejor, la jugada magistral de la organización, es que las pruebas aleatorias nunca salen a la luz —dice Harry de repente—. Pueden ir bien, y entonces no hay ningún problema y no pasa nada, o ir mal, y en ese caso los vigilantes incompetentes simplemente caen en una emboscada. ¿Lo pillas? ¿A quién se le ocurriría acusar a la organización de atacar a su propio personal, especialmente si hubiese víctimas? A nadie, ¿verdad?

Sonríe ante su conclusión.

Su sonrisa también transmite que podemos estar orgullosos de formar parte de esta organización.

Le pregunto por la élite, si a ellos también les deben hacer pruebas.

—Sin duda, Michel. Supongo que deben tener que superar más pruebas aleatorias que nosotros... Sí, seguro. La élite es la insignia de la organización, lo máximo en seguridad. Su calidad tiene que ser irreprochable. Impecable, sin la más leve mácula.

Se levanta, entra en la habitación y despliega el mapa del sótano. Ya no sonríe.

—Te aseguro que no dejaremos escapar nuestro ascenso por un descuido en una situación estándar —su voz suena dura, como si estuviese ofendido—. ¿No te parece que sería una auténtica estupidez, después de tanto tiempo?

6

Meto la llave en la cerradura, doy dos vueltas. El pequeño almacén está al lado de nuestra habitación; es mi segunda inspección de hoy. A la izquierda, en tres baldas colgadas con ganchos a la pared, están las cajitas, en formación. Todas son de marca Winchester, y están colocadas en perpendicular sobre los estantes. En el lateral corto consta el calibre: 9 mm Luger (Parabellum). Encima de las letras, un vaquero que galopa hacia el borde de la cajita blanca; su

cuerpo deja un rastro de líneas rectas de color naranja, y su caballo al galope, uno rojo. En la cinta roja se lee el nombre de la marca. Todas las letras están inclinadas hacia la derecha, como atrapadas en la estela del caballo.

Veo enseguida que no falta ninguna cajita: reconozco la imagen, la visión de conjunto de la munición. Aun así, las cuento por si acaso, de balda en balda, rozándolas con el índice. Tres veces quince, cuarenta y cinco.

Cojo la primera. El peso es agradable, conocido. Se abre dócilmente; a estas alturas la pestaña ya no se engancha como antes en el cartón. Balas brillantes, erguidas y bien ordenadas; veo mi silueta reflejada múltiples veces. Mi dedo cuenta una hilera de cinco, y después diez hileras. Diez por cinco, cincuenta. Cierro la caja, la dejo en el estante y paso a la siguiente. Pesa lo que tiene que pesar. La pestaña ya apenas ofrece resistencia.

Después de la inspección, observo las provisiones que tenemos en los estantes de la otra pared. Nuestro racionamiento va como estaba previsto. Nos queda una botella de agua para las próximas doce horas; no hemos tenido que tocar las pastillas potabilizadoras. Betún, detergente, papel higiénico. Dos kilos de leche en polvo. La levadura y la harina se han acabado, pero en la habitación todavía queda medio pan.

Apago la luz y cierro el almacén con llave.

Informo a Harry del resultado del recuento. Nos sacamos las Flock 28 de la funda y por turnos quitamos el retén del cargador para hacer salir el peine. Contamos las balas en

silencio. Cuando asiento, Harry repite en voz alta el resultado de mi inspección, y dice:

—Más dos veces quince.

7

Yo hago la primera parte de la noche. Me siento en la silla y guardo silencio. Al cabo de un rato detecto un ruido apenas audible sobre el zumbido de las luces. Si giro la cabeza hacia la izquierda, baja de intensidad; este sótano tiene una acústica extraña. No me parece necesario despertar a Harry. Es una bendición que haya logrado dormirse.

Decido hacer una ronda para mantenerme lúcido y salgo en la dirección opuesta a la habitual. Oigo resonar mis pasos en los rincones más lejanos del sótano; cuando me detengo, tardan un momento en extinguirse del todo. ¿Sería capaz, en este ir y venir de ecos contra las paredes desnudas, de distinguir otros pasos, si tocaran el suelo al mismo tiempo que los míos?

A pesar de la incertidumbre de la respuesta, la pregunta no me incomoda; habérmela planteado significa que pienso. Seguramente, a la larga, los malos vigilantes dejan de pensar en su situación; la rutina es un enemigo insidioso.

Miro por la estrecha rendija que hay a la derecha de la puerta de entrada; falta un pequeño fragmento de hormigón, que debió romperse durante la construcción del marco de acero. Casi no veo nada, porque fuera está

oscuro. Lo que me parece ver es un producto de mi imaginación, una imagen que tengo grabada en la memoria: un trozo de una pared cada vez más estrecha hasta llegar al nivel de la calle, y por encima, recortada contra un pedazo de cielo, la copa redondeada de un árbol que nos recuerda las estaciones del año.

Después pongo la nariz en la rendija y husmeo la brisa fresca. Condiciones meteorológicas neutras. Los olores se propagan mejor si llueve o hace calor. Me doy la vuelta y apoyo la espalda contra la pared. Como siempre, me asalta la idea de que lo que se ve desde aquí es la primera imagen del sótano que se encontraría un intruso. Intento imaginarme la situación. Su cerebro absorberá como una esponja esta información visual, la contrastará con el plano que ha estudiado previamente; o tal vez sólo la usará para determinar en qué dirección dar el siguiente paso, si intenta entrar sin haberse preparado antes. No puede llegar lejos. Una vez detectado un intruso en el sótano, hay que abatirle al instante. A poder ser, muerto por un tiro en la cabeza.

Prosigo mi ronda lentamente, sintiéndome confiado. Es una insensatez, pero resulta agradable. Podría estar paseando por un parque, con las manos en los bolsillos; disfrutar de la vegetación, sentarme en un banco. Cerrar los ojos un instante.

Lo oigo claramente: no es la propia iluminación de emergencia como había pensado al principio. Se confunde con ella, pero es otra cosa. Estoy seguro de que es un ruido que conozco, sé que debería reconocerlo, que lo he oído antes; es cuestión de seguir escuchando, de confiar en mí mismo y no pensar. Reprimo el impulso de ladear la cabeza; ya oigo suficiente, no quiero perderlo. De repente, como si fuese consecuencia de haber resistido el impulso, en algún lugar de mi cerebro se abre una compuerta y aparece la respuesta, tan obvia que parece mentira: es increíble que no haya reconocido inmediatamente el sonido del agua que se escapa de la cisterna. O, mejor dicho: el silbido del váter que, para compensar el agua que se escapa, deja pasar agua de las tuberías.

9

Pliego las manos en la nuca y observo la cama de Harry desde abajo: una rejilla de alambre retorcido que brilla en el débil resplandor. Me desvelo inmediatamente, me siento fresco y despejado.

Cuando saco las piernas de la cama entre chirridos estridentes del colchón, Harry me mira desde la puerta. A contraluz su rostro es una mancha negra, no puedo deducir nada. Desde luego, quiere ver si estoy despierto y si me levantaré enseguida.

—Voy a lavarme —digo.

—Perfecto.

Deja la puerta de nuestra habitación entrecerrada.

Me dirijo al lavabo y enciendo la bombilla. Me lavo meticulosa y rápidamente; el agua caliente es un lujo que apenas recordamos. Después de escurrir mi manopla de baño y colgarla en el borde del lavamanos, toco la de Harry. Todavía está bastante húmeda. Aunque la temperatura del sótano apenas varía a lo largo del año, no hay duda de que cada vez hace más frío. Normalmente, transcurridas cinco horas la tela queda rígida como una gamuza vieja.

Me pongo el uniforme: pantalón azul oscuro, cinturón de cuero con pistolera de cuero, camisa azul claro, corbata negra con nudo simple, zapatos negros de cordones, chaqueta, gorra de visera rígida con el emblema bordado. Miro en el espejo. Todavía no hace falta que me retoque la barba. Me embuto un trozo de pan en la boca, más por su efecto purificador que por hambre.

Harry tiene la pistola en la mano sobre su regazo. Alza la mirada; tiene las mejillas tensas de tanto apretar los dientes, y pestañeaa con un ritmo rápido e irregular.

—Me ha parecido que la puerta se abría diez veces. Ya sabes lo que es esperar aquí solo.

Ambos miramos al otro extremo del sótano. La puerta queda oculta justo detrás del garaje 1. El olor a nuez es tan penetrante que me aparto un poco de Harry. Según mi reloj de pulsera, faltan al menos tres horas para que llegue la furgoneta. Sin embargo, ya siento una cierta excitación,

mientras que Harry, ahora que estoy a su lado, se relaja un poco. Al menos, guarda el arma y exhala un largo suspiro.

—¿Crees que ya estará despierto ese tipo?

—Lo dudo —digo—. Si trabaja de día, probablemente no le despertarán hasta dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

—Algo así.

—Pero ¿podría ser más pronto?

—Podría ser, sí, claro, podría ser. Pero no creo, la verdad. Por lo que recuerdo de antes de que me trajesen aquí, no, me figuro que no.

—Así que ahora estará durmiendo tan tranquilo.

—Es muy probable.

Cinco minutos más tarde levanto un dedo, me lo acerco al oído.

—¿Oyes eso?

Harry se sobresalta:

—¿Qué?

Busca con los ojos.

—¿Ese ruido, justo por encima de las luces?

Harry parece reflexionar intensamente sobre algo, un enigma. Está en la silla, yo en el taburete, la puerta de la habitación entre nosotros. En un extremo de centenares de metros cuadrados de vacío, que más tarde cobrarán vida. Nos ponemos el uniforme, bien cepillado, un día tras otro, porque las normas son sagradas, en eso Harry y yo estamos totalmente de acuerdo. Al fin y al cabo, el uniforme hace al vigilante. El uniforme y el arma.

10

Mantengo las piernas un poco separadas, las siento vacías e inestables. Como si fuese a caerme al abrirse la puerta de entrada. En cuanto la mole se alza del suelo, quedo deslumbrado; la luz del sol parece haberse acumulado contra la puerta desde el último aprovisionamiento, y ahora nos inunda. Me encaro al estruendo. Me corta la respiración, quiero darme la vuelta, mis pestañas cerradas arden. Bajo la cabeza. Sostengo la pistola lejos de mí; tal vez no resulte muy imponente así, pero el gesto me mantiene en pie.

La furgoneta ha entrado en el sótano, porque el motor diésel retruena entre las paredes, llena el espacio vacío hasta los topes. Resisto el nuevo ataque a mis sentidos. Aún oigo vagamente la puerta; el movimiento ya se ha invertido, el sótano está cada vez más oscuro. El motor se para con un chasquido justo delante de mis rodillas. Parpadeo, unas manchas me velan la retina. La puerta toca el hormigón, sus pesados componentes se asientan fatigosamente unos sobre otros. A continuación se hace el silencio, aunque no es un silencio total: debajo de la capota del motor se oye el *tic-tic* del metal que se enfriá. También se oye claramente que el conductor está silbando, y que Harry jadea como si hubiese gritado mucho rato a pleno pulmón.

Reconozco la furgoneta, el modelo que siempre usa la organización. Es agradable volver a ver el conocido emblema en un tamaño que no deja lugar a dudas.

Formamos parte de una gran familia con muchas ramificaciones, capaz de defenderse en tiempos turbulentos, de seguir existiendo gracias a su dilatada experiencia. La carrocería se ve recién limpiada y a simple vista no parece que la situación del exterior le haya acarreado daño alguno. No hay rastro de violencia, ni de lluvia ácida, por ejemplo. En el sótano, la furgoneta reluce como un vehículo extraterrestre que ha llegado a la Tierra de un modo totalmente inesperado.

—Vaya, vaya —dice el joven al abrir la puerta—. El comité de bienvenida. ¿Todo bien, chicos?

—Nada de cháchara —dice Harry desde detrás de la furgoneta—. Sabes perfectamente lo que se espera de ti: cierra el pico y a descargar.

Antes de que Harry acabe de hablar, el chico ya sale de la furgoneta, silbando alegremente de nuevo. Nos muestra al mismo tiempo el pase que lleva en el cuello y el de la otra mano. Constató con sorpresa que va sin uniforme, igual que la última vez. Casi se lo comentó a Harry, pero él también se ha dado cuenta, por supuesto. La otra vez era pleno verano, y asumimos que las mangas de camisa respondían a una norma nueva, desconocida para nosotros, que permitía a los repartidores quitarse la chaqueta en épocas de calor persistente. Pero ahora, por mucho que ambos tengan el mismo color azul oficial, no se me ocurre ninguna explicación que justifique el jersey desaseado y el pantalón sin raya que lleva el repartidor, y las deportivas aún menos. ¿Es el mismo chico? Tan espiados y llenos de granos, es

difícil distinguirles. Todos empiezan en el departamento de abastecimiento.

Las deportivas no me gustan. Además, están impecables, no tienen ni una salpicadura de barro, y eso en un repartidor, que va a los lugares más impensables. Mis manos agarran la Flock 28 con tanta fuerza que se ponen lívidas; mientras se dirige a la parte trasera de la furgoneta, apunto entre sus omóplatos, al centro de su cuerpo, para dar en el blanco incluso si hiciese algún movimiento brusco. Le ordeno mentalmente que no haga ningún movimiento brusco.

Veo que Harry me mira, unas manchas rojas le suben por el cuello hacia la cara.

—¿Qué haces? ¡Espabila!

—Lleva deportivas —digo—. Tú, ¡espera!

El joven no retira la mano del tirador de la caja de carga.

Harry me indica con un gesto de la pistola que me sitúe en la parte de atrás, como habíamos acordado. Me pregunto si debo intervenir: nunca había visto a nadie de la organización con deportivas, tal vez Harry no ha valorado bien la situación.

El repartidor no se mueve, sólo me siguen sus ojos, alegres e imperturbables. En cuanto he ocupado mi posición y las puertas se pueden abrir, Harry dice:

—Quítate los zapatos.

El joven lanza una mirada de incredulidad por encima del hombro, pero ya ha entendido que no tiene elección.

—¿Por qué llevas deportivas?

—Me las dejan preparadas, yo me las pongo.

—¿Son de la organización?

—Mías no son... ¿No las llevaba, la última vez? —se quita los zapatos con los pies y los tira con cuidado hacia Harry, de modo que aterricen netamente sobre las suelas—. A lo mejor ya no tienen presupuesto para zapatos de cuero. Yo qué sé.

Harry se arrodilla y examina las deportivas, que apenas llevan adornos y sin duda son bastante más baratas que nuestros zapatos. Mete una mano dentro, y a continuación comprueba los talones. Finalmente me muestra un borrón en la parte de atrás; imagino que será el emblema, pero estoy demasiado lejos.

Tarareando, el chico retuerce los pies hasta meterlos de nuevo en los zapatos.

Quiero que esto se acabe. Que las puertas se puedan abrir por fin, sea lo que sea lo que nos depare el interior.

Harry y yo hincamos la rodilla izquierda, buscando protección a ras de suelo por si se desata un tiroteo salvaje. En caso de atentado con bomba, nunca lo sabríamos; tan cerca de la detonación, jamás nos recuperarían. No tengo ni idea de qué podría revelar que esto es una prueba aleatoria de la organización.

Digo:

—¡Deja de tararear!

—Tranquilo —contesta el chico mientras abre las puertas y las asegura.

Aún estoy vivo, mi corazón late con más fuerza que nunca. Harry se levanta, la pistola que tiene en el extremo de los brazos estirados sigue a sacudidas el movimiento de sus ojos, que repasan la carga.

Al cabo de un rato, el repartidor pregunta:

—¿Ya, jefe?

Harry tiene el rostro empapado de sudor pegajoso. Asiente, tras lo cual el joven, silbando, se inclina hacia el interior de la caja de carga. Veo cajas de plástico duro de varios colores, todas llenas de alimentos surtidos. Seguramente es porque sólo somos dos, que nuestras provisiones no vienen en una de éas; el repartidor coge una caja de cartón y va sacando algo aquí y allí. Finalmente coge una bolsa de algún lado y dice en voz alta para sí:

—No hay galletas, pero sí harina y levadura.

Arruga la bolsita vacía y se la mete en el bolsillo de los pantalones.

En cuanto ha dejado el agua embotellada en el suelo, Harry le ordena que suba a la furgoneta. No deja de apuntarle. Yo me llevo la caja de cartón, pero al cabo de pocos pasos noto que la base está cediendo por el peso: sin dilación, la acerco al suelo e intento agarrarla mejor, pero aun así no logro evitar que algo caiga al suelo de hormigón, oigo un golpe sordo y seco. Corro hacia el número 22 sin mirar atrás y dejo la caja en el garaje de la señora Privalova. Presa del pánico, Harry aparta el agua embotellada él mismo con una mano y grita:

—¡Largo!

Ruido y luz estallan de nuevo al unísono en toda su magnitud, desagradablemente familiar, pero ahora más soportable: esta vez marcan la desaparición de la amenaza. Por encima de tanto alboroto, predomina la promesa de silencio y tranquilidad.

11

Cuando los ojos se me acostumbran a la oscuridad casi absoluta del sótano, veo que Harry se ha puesto a cubierto detrás del agua. Ya no está tenso, su brazo reposa tranquilamente sobre las botellas, apuntando a la puerta.

No hemos disparado ni una vez; un éxito.

Entre nosotros, en el suelo, hay una mancha oscura. Todavía desconcertado ante lo acontecido, carezco de fuerzas para preguntarme qué será; de momento sólo constato que se trata de una mancha oscura. Espero inmóvil a que Harry se dé la vuelta y la descubra. Un olor extraño se abre paso por mi nariz, vacilante, fastidioso. Temo que se me vayan a doblar las rodillas a pesar de todo, pero entonces me doy cuenta de que huele a fresa. La idea es insufrible. Me acerco a la mancha en un acto reflejo. Mis pómulos tiemblan, poco después la boca se me llena de saliva.

Harry debe sentirse como yo: las palabras no sirven, pero nos agachamos al lado de la mancha casi al mismo tiempo y